

Carlos Javier Morales

Breve historia del Opus Dei

Una institución moderna
de la Iglesia católica



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estrada Design
Fotografía de cubierta: El Papa Pablo VI junto a Josemaría Escrivá, 1965.
© Archivo ABC

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Carlos Javier Morales Alonso, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-092-5
Depósito legal: M. 26.302-2022
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 Prefacio

- 19 1. Opus Dei: un mensaje nuevo
 - 21 La vida de los primeros cristianos
 - 22 La espiritualidad posterior
 - 25 La santidad de los laicos en el siglo XX
 - 29 La novedad del Opus Dei en la santificación de los fieles laicos

- 36 2. Prehistoria del Opus Dei
 - 37 Nacimiento e infancia del fundador
 - 38 Una conversión especial
 - 39 Estudios y ordenación sacerdotal de Josemaría Escrivá

- 42 3. Fundación y primeros años del Opus Dei (1928-1936)
 - 43 El 2 de octubre de 1928
 - 45 El nombre de *Opus Dei*
 - 48 El 14 de febrero de 1930: las mujeres del Opus Dei
 - 52 Nuevas luces de Dios: el 7 de agosto de 1931

- 56 La nueva luz sobre la filiación divina: otoño de 1931
- 59 Los primeros miembros del Opus Dei
- 64 La vocación específica al Opus Dei
- 68 Intelectuales y demás miembros
- 72 La obra de san Miguel, san Gabriel y san Rafael
- 75 La Academia DYA
- 80 La Academia-Residencia DYA
- 86 El verano de 1935
- 89 El verano de 1936
-
- 91 4. El Opus Dei durante la guerra civil española (1936-1939)
- 92 Un refugio tras otro
- 96 El paso de los Pirineos
- 98 La época de Burgos
-
- 102 5. Expansión del Opus Dei por España (1939-1945)
- 103 La nueva residencia de estudiantes
- 107 El apostolado en otras ciudades
- 111 Un caso entre muchos
- 112 Otros centros en Madrid
- 116 Los primeros catedráticos de universidad
- 118 Grandes tribulaciones
- 123 El Opus Dei como *Pía Unión*
- 124 El apostolado con mujeres
- 128 La administración doméstica de los centros
- 131 La Administración de la Moncloa
- 134 La muerte de Isidoro Zorzano

- 135 La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz
139 La ordenación de los tres primeros sacerdotes
141 Nuevas ciudades españolas
- 144 6. Roma y la primera expansión internacional (1946-1950)
145 El fundador, en Roma
150 El Opus Dei, instituto secular
152 Los supernumerarios y agregados del Opus Dei
156 La aprobación definitiva del Opus Dei y los sacerdotes diocesanos
159 Villa Tevere, la sede central del Opus Dei
162 Los Colegios Romanos de la Santa Cruz y de Santa María
167 La primera expansión por Europa: Italia y Portugal (1942-1946)
170 Gran Bretaña, Irlanda y Francia (1946-1947)
173 La primera expansión por América: México (1949)
176 Estados Unidos (1949)
- 180 7. La segunda expansión internacional (1950-1970)
181 Nuevas adversidades en Roma
185 La extensión por Europa: segundo comienzo en Francia e inicios en Alemania y Suiza (1952-1956)
188 Austria, Países Bajos y Bélgica (1957-1965)
191 La expansión por América: Argentina y Chile (1950)

- 193 Venezuela y Colombia (1951)
- 195 Guatemala, Perú, Ecuador y Uruguay (1953-1956)
- 199 Brasil y Canadá (1957)
- 201 El Salvador, Costa Rica, Paraguay y Puerto Rico (1958-1969)
- 203 La expansión por Asia: Japón y Filipinas (1958-1964)
- 207 La expansión por África: Kenia y Nigeria (1958-1965)
- 211 La expansión por Oceanía: Australia (1963)
- 213 Características comunes de la expansión del Opus Dei
- 215 El Congreso de Einsiedeln (1956)
- 218 Las obras corporativas
- 221 El fin de las obras comunes de apostolado
- 225 Algunos miembros del Opus Dei en el gobierno de Franco
- 230 El caso de Antonio Pérez
-
- 234 8. El Opus Dei ante el Concilio Vaticano II
- 235 La participación del fundador y de otros miembros de la Obra en el Concilio
- 237 El mensaje del Opus Dei en el Concilio
- 239 La etapa postconciliar
-
- 243 9. Últimos años del fundador (1966-1975)
- 243 Nuevos pasos para la solución jurídica definitiva
- 246 Dificultades en el ámbito eclesiástico

250	Cartas, entrevistas y últimos libros del fundador
255	Dos grandes proyectos: Torreciudad y Cava- bianca
259	Los viajes de catequesis
263	El fallecimiento del fundador
264	10. El Opus Dei con Mons. Álvaro del Portillo (1975-1994)
265	La elección y el gobierno de Álvaro de Portillo
268	Los últimos pasos hacia la prelatura personal
275	Consecuencias de esta solución jurídica
279	La ordenación episcopal de Álvaro del Por- tillo
280	El aumento de miembros
282	La expansión territorial
284	La consolidación de la Obra en los países pre- cedentes
286	La promoción de nuevas instituciones acadé- micas
290	La promoción de iniciativas sociales
292	Dificultades en los países de habla alemana
297	La beatificación del fundador
302	11. El Opus Dei con Mons. Javier Echevarría (1994-2016)
303	Un nuevo contexto sociocultural
307	Una nueva situación institucional
313	Dificultades institucionales y opinión pública corporativa
317	Extensión de la labor apostólica

- 320 Centenario de Josemaría Escrivá de Balaguer
- 322 La canonización del fundador y la beatificación de Álvaro del Portillo
- 325 Otras causas de canonización
-
- 328 12. El Opus Dei en la actualidad
- 329 Algunas disposiciones de Mons. Ocáriz como prelado del Opus Dei
- 331 La importancia de la libertad de espíritu
- 332 La prioridad de la amistad en el apostolado
- 333 Un único fenómeno vocacional
- 334 El *Motu proprio* del papa Francisco sobre el Opus Dei
- 335 Una asignatura pendiente
-
- 339 Índice onomástico

Prefacio

Una mañana de principios de diciembre de 1981, poco antes de las ocho, yo esperaba a que abrieran la puerta del Teobaldo Power, mi instituto. Era uno de los tres centros públicos de bachillerato que había entonces en la zona urbana de Santa Cruz de Tenerife (Islas Canarias, España), mi ciudad natal y capital de la isla y su provincia. Tres meses antes había cumplido mis catorce años, y a esa edad todos los estudiantes de la ciudad solían incorporarse a uno de estos tres institutos de secundaria.

Con el cambio de centro estrenábamos nuevas libertades y amistades. Dábamos curso a nuevos proyectos, en lo personal y en lo académico, y a mí el futuro empezó a parecerme tan largo como propio: una gran aventura que ya estaba en mis manos.

Los tres institutos se hallaban prácticamente unidos: no se distinguían más que por sus puertas de acceso y los

grandes rótulos con sus nombres respectivos. Enfrente de los edificios había –y sigue habiendo– una gran plaza en cuesta con unos asientos muy curiosos, de hormigón pintado de blanco, en forma de cubos. Yo estaba sentado junto a un compañero que era buen amigo y que había estudiado conmigo en el mismo colegio de primaria. Ahora seguíamos estando en la misma clase. Mientras, comentábamos en voz alta con los más cercanos las últimas novedades: el resultado de los partidos de fútbol o baloncesto más recientes, el aspecto de los nuevos profesores, la historieta más o menos pintoresca de algún compañero aventajado en desarrollo físico o en relaciones públicas...

De pronto se acercó un compañero de otra clase, un tipo corpulento y extrovertido. Sin llegar todavía a sentarse, le espetó a mi amigo en voz alta: «Ayer estuve en Mocán y no vuelvo más: esa gente no hace sino rezar y estudiar». Ese nombre, Mocán (el nombre de un árbol endémico de Canarias), se me quedó grabado. Pero más grabada se me quedó la frase de rezar y estudiar: lo primero me interesaba, aunque rezaba poco; lo segundo me entusiasmaba, porque yo era el típico chaval superaplicado en todas las materias...

Enseguida me vino a la mente una idea curiosa que captó toda mi atención. El hecho es que, hasta entonces, yo conocía a gente que rezaba mucho, pero ninguna de esas personas destacaba por su interés en estudiar. De otra parte, conocía a bastantes compañeros que estudiaban mucho, pero ninguno tenía una inquietud religiosa especial: muy pocos iban a Misa el domingo, y yo mismo tenía rachas en que iba y otras en que no. Lo cierto es

que esa combinación de oración y estudio me pareció tan intrigante como atractiva.

Mi amigo, el del colegio de primaria, que estaba sentado a mi lado, decidió ir un día a Mocán y salió muy contento. A las dos o tres semanas, en medio de las vacaciones de Navidad, me invitó a ir y descubrí algo nuevo: además de estudiar y rezar, también organizaban partidos de fútbol y de baloncesto (deporte que siempre ha tenido mucho «tirón» en Canarias), así como excursiones al monte y al mar de nuestra isla.

Esa mañana de diciembre de 1981 yo no sabía que estaba escribiendo una página importante de la historia del Opus Dei, porque, efectivamente, Mocán (que luego pasó a llamarse Club Ucanca) era un centro cultural juvenil dirigido por personas del Opus Dei, y en unos cuantos meses, a mediados de 1982, pedí la admisión en esta institución de la Iglesia católica¹.

Han pasado ya cuarenta años desde esa petición y he vivido un camino muy bonito, aunque no siempre lleno de rosas, o mejor: lleno de rosas, sí, pero con sus correspondientes espinas, que le dan más emoción. Con lo que he vivido y he aprendido de otros miembros de esta familia espiritual (aunque también de la extensa bibliografía sobre la materia), me he decidido a escribir esta *Breve historia del Opus Dei*, porque creo que puede ser muy útil a personas cercanas y lejanas a la Obra, como se conoce de modo familiar a esta institución.

1. Pocos meses después, en noviembre de 1982, al ser erigido el Opus Dei en prelatura personal, los Estatutos de esta institución, aprobados por la Santa Sede, establecieron los dieciséis años y medio como edad mínima para pedir la admisión en la Obra.

Mi *Historia* es breve en dos sentidos. En primer lugar, por su extensión: si tenemos en cuenta las grandes biografías sobre san Josemaría Escrivá de Balaguer, el fundador del Opus Dei, y la misma *Historia del Opus Dei*, de José Luis González Gullón y John F. Coverdale, publicada en 2021, que alcanza las setecientas páginas, esta «mi *Historia*» aparece con una longitud muchísimo más modesta. Pero también la presente *Historia* es breve por la sencilla razón de que los acontecimientos que componen la vida casi centenaria del Opus Dei desde el 2 de octubre de 1928 son materialmente inenarrables. Me explico: si la Obra es un fenómeno espiritual, y es del espíritu de donde nacen –o deben nacer– todas las acciones de sus fieles, la actividad espiritual de tantas personas, que es lo verdaderamente sustantivo en esta historia, no admite ser contada en ningún volumen material con un número limitado de palabras.

El mismo fundador del Opus Dei lo dijo hace muchos años. En 1967, en una entrevista concedida a Peter Forbath para la revista *Time*, el periodista le preguntó cuáles eran los *hitos* más importantes del desarrollo de esta institución. La respuesta de Josemaría Escrivá fue muy clara: «Me pregunta usted por hitos. Para mí es un hito fundamental en la Obra cualquier momento, cualquier instante en el que, a través del Opus Dei, algún alma se acerca a Dios, haciéndose así más hermano de sus hermanos los hombres». Eso mismo es lo que he visto y he procurado practicar en todos estos años.

Lo que explicaré en las siguientes páginas es, en primer lugar, la novedad de un mensaje para todos los cristianos y para todas aquellas personas atraídas por Jesu-

cristo. En los capítulos siguientes relataré, con la síntesis necesaria, cómo fue explicitándose y transmitiéndose ese mensaje a personas de más de cien nacionalidades, con una labor institucional estable que actualmente se realiza en sesenta y ocho países. En ese relato trataré de advertir cómo la novedad del mensaje de Josemaría Escrivá se ha ido haciendo realidad en las circunstancias de cada época y lugar, con sus propios desafíos humanos, culturales, económicos, mediáticos y jurídicos.

Para ello, además de mi experiencia personal y de la amplia bibliografía utilizada, atesoro todo lo que he oído contar a muchas personas del Opus Dei que conocieron al fundador desde muy antiguo y que ya hoy han fallecido: esto es una fuente valiosísima de la que dispongo yo, pero no la generación siguiente. Debe darse por supuesto que estos relatos han sido siempre confrontados con la documentación escrita, tanto de fuentes cercanas a la Obra como de otras muy ajenas, incluidas las publicaciones en que esta institución ha sido objeto de controversia.

Claro está que todo ello plantea no pocos retos para mí y para el lector. El más importante, a mi parecer, está en comprender cómo nace y se desarrolla en la historia una institución que se entiende a sí misma como inspirada por Dios en el seno de la Iglesia católica. Más aún cuando su única finalidad es difundir la necesidad de buscar la santidad en todos los ambientes profesionales y sociales. Creo que sin fe en Jesucristo, Hijo de Dios vivo, esta narración planteará varios interrogantes de difícil respuesta. Para satisfacer las expectativas de estos lectores con un hecho cierto, bastará con aludir al gran número

de cooperadores del Opus Dei que, sin pertenecer a esta entidad católica, se encuentran repartidos por todo el mundo. Entre ellos hay un buen número de no católicos y no creyentes que, pese a todo, valoran la aportación humana –personal y social– de un cristianismo vivido en las más diversas situaciones.

Por último, debo hacer otra advertencia preliminar. En la historia real del Opus Dei encontramos grandes aventuras espirituales y humanas junto a diversos errores personales, tanto de los miembros de la Obra como de hombres o mujeres ajenos a la misma. En el momento adecuado saldrá a relucir este otro costado de la conducta humana, aunque sin ninguna pretensión de exhaustividad. Lo que sí me he propuesto es no juzgar a nadie: ese juicio corresponde a Dios y, en la medida en que sea posible, al curso real –pasado, presente y futuro– de la Historia.

Valle de Guerra (Tenerife), 23 de agosto de 2022

1. Opus Dei: un mensaje nuevo

El atractivo que ha ejercido el Opus Dei en sus miembros y en muchas otras personas que participan en sus tareas de apostolado depende de la novedad de su mensaje: la gran mayoría de los cristianos deben buscar la santidad (el amor a Dios y a los demás en el máximo grado posible) en medio del trabajo profesional cotidiano y de los demás deberes de la vida diaria. El hombre o la mujer del Opus Dei no hacen compatibles la vida cristiana con la vida profesional, con las relaciones de familia y de amistad, o con las mismas actividades lúdicas propias del descanso. El Opus Dei no las hace compatibles por la sencilla razón de que esas actividades del mundo no se oponen por sí mismas a la voluntad de Dios y al seguimiento de Cristo.

Muy al contrario: el fiel del Opus Dei (digo «fiel» porque todo cristiano en cuanto tal es «fiel», una persona «fiel» a Cristo y a su Iglesia) ha percibido en su interior

una llamada de Dios a cultivar el mundo, ese mundo que Dios mismo ha creado y redimido por Jesucristo. Y esto es tan importante para un fiel de la Obra, que si dejara de ejercer con amor sus actividades propias de ciudadano de este mundo, dejaría de ser fiel a Dios y a su Iglesia. Habría desertado de su misión.

Como uno se puede imaginar aún hoy, esta valoración del mundo y de las actividades terrenas resulta chocante para muchas personas, incluso para muchos católicos cuyos referentes en la vida cristiana son santos que han abandonado las tareas seculares para retirarse del mundo y tratar exclusivamente a Dios *en otro lugar*. Esta vida cristiana como vida retirada, ajena a los vaivenes de la Historia, sigue siendo tan dominante en la mentalidad de mucha gente, que cuando uno se encuentra con el mensaje del Opus Dei tiene dos opciones: o llenarse de entusiasmo por haber descubierto un camino de santidad donde parecía no haberlo, o sospechar que pueda haber verdadera santidad en quien no ha abandonado físicamente las cosas materiales y todas las actividades relacionadas con la materia.

De esa novedad procede, a mi parecer, el atractivo que ejerce la Obra en mucha gente. Y de ahí proceden también las controversias que se han generado sobre esta institución desde los primeros años de su fundación. Sin embargo, esta novedad del espíritu del Opus Dei no es totalmente «nueva», y mucho menos una invención del fundador: el propio Josemaría Escrivá decía que el mensaje del Opus Dei es «viejo como el Evangelio y, como el Evangelio, nuevo». ¿Qué hay de nuevo y qué hay de tradicional en el mensaje del Opus Dei,

que hoy sigue suscitando entusiasmos y, a la vez, distintas prevenciones en quienes no conocen de cerca este mensaje?

A esta cuestión conviene dedicar este capítulo inicial, para luego comprender mejor el modo en que históricamente se despliega este mensaje durante casi un siglo.

La vida de los primeros cristianos

Si queremos entender qué implica ser santo según el espíritu del Opus Dei, lo más sencillo es acudir a una realidad tan esencial como innegable en la historia de la Iglesia: la de los primeros seguidores de Jesucristo, es decir, la multitud de personas de toda condición y oficio que dieron la vida por su Señor entre los siglos I y IV. Ya aludía a este hecho el propio Josemaría Escrivá en la entrevista citada de Peter Forbath para la revista *Time* (1967):

Si se quiere buscar alguna comparación, la manera más fácil de entender el Opus Dei es pensar en la vida de los primeros cristianos. Ellos vivían a fondo su vocación cristiana; buscaban seriamente la perfección a la que estaban llamados por el hecho, sencillo y sublime, del Bautismo. No se distinguían exteriormente de los demás ciudadanos. Los socios del Opus Dei son personas comunes; desarrollan un trabajo corriente; viven en medio del mundo como lo que son: ciudadanos cristianos que quieren responder cumplidamente a las exigencias de su fe. (*Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, punto 24, 2002, 21.^a ed.).

Se trata de personas que desempeñaban sus deberes cívicos como los demás habitantes del Imperio romano, ya fuesen libres o esclavos, cultos o analfabetos, y en esas condiciones buscaban la unión con el Dios revelado por Jesucristo. Todos ellos eran más o menos conscientes de las circunstancias sociales que atravesaban y de su riesgo más inmediato: el peligro de muerte por martirio.

Sin embargo, esta visión originaria de la vida cristiana entra en un creciente declive a partir del último cuarto del siglo IV, cuando ya el cristianismo se ha convertido en la religión oficial del Imperio. En esta nueva situación el hecho de ser cristiano no comporta ningún peligro para la vida pública y personal del creyente, de manera que muchos de los bautizados comienzan a practicar el Evangelio de una forma más o menos relajada, sin tener en cuenta la exigencia total que supone la entrega al amor de Dios.

De este modo los cristianos dejan de llamarse «santos», como sí consta en los escritos del Nuevo Testamento y en muchos textos del primitivo cristianismo, y los que de verdad quieren ser santos, ser imagen auténtica de Cristo, empiezan a abandonar las tareas terrenas y la vida en medio del mundo. Se incrementa así el número de anacoretas y de otros cristianos apartados de la sociedad, ya sea en el desierto o en los florecientes monasterios de todo el Imperio y de los reinos cristianos posteriores.

La espiritualidad posterior

De siglo V al XIX el concepto de santidad irá siempre asociado, directa o indirectamente, a la vida monástica y al

estado clerical. Entonces se podrá ser santo si uno abraza el sacerdocio ministerial o ingresa en una orden o congregación religiosa, profesando los votos de pobreza, castidad y obediencia. De esta manera uno renuncia expresamente a vivir como los demás ciudadanos y a asumir las tareas temporales como materia básica de la santificación. Por lo tanto, el trabajo profesional, la creación y educación de la propia familia, la ordenación de la actividad económica, la responsabilidad ante los deberes y problemas sociales... se convierten en un obstáculo para la identificación con Jesucristo.

Lógicamente, para el cristiano el Espíritu Santo está siempre vivo y puede santificar a cualquier persona; por lo cual habrá muchas excepciones a la regla brevemente señalada. Por ejemplo, en el siglo IX, con la creación del Sacro Imperio germánico, se abre camino la idea de que los *reyes*, en el desempeño de su reinado y de su autoridad sobre todo el pueblo, también pueden alcanzar la santidad plena. De hecho, el santoral cuenta con muchos reyes y reinas que han vivido entre los siglos IX y XIX.

Habrán muchos intentos de animar a los laicos, es decir, a los fieles cristianos que viven en medio del mundo, para que luchen por vivir el cristianismo en grado pleno. Estas tentativas de promocionar a los laicos en la vida de la Iglesia han sido abordadas, entre otros autores, por Ernst Burkhardt y Javier López en su obra *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría Escrivá*, publicada en tres tomos entre los años 2010 y 2013. Según estos autores, durante ese largo período de siglos, los maestros y escritores espirituales que tratan de promocionar la santidad en los cristianos corrientes hablan

siempre de esa santidad en el mundo como *adaptación* a la vida profana de las formas de vida propias de los sacerdotes y de las personas consagradas (monjes, frailes y otros socios de órdenes y congregaciones religiosas).

Uno de los grandes intentos de difundir la búsqueda de la santidad entre los laicos viene dado por san Francisco de Sales, en el siglo XVII, autor, entre otras obras, de la clásica *Introducción a la vida devota* (1609). Con razón se puede hablar de san Francisco de Sales como de un gran impulsor de la vida devota (de la santidad) entre los seculares, las personas que se dedican a los afanes de este mundo, de este siglo, a las que hoy también se llama laicos. Por de pronto, san Francisco constata un hecho: la santidad en su época y en los siglos anteriores era una meta para las almas retiradas del mundo, hasta el punto de que los cristianos que viven en medio de la sociedad se han desentendido totalmente de este mensaje nuclear del Evangelio.

Con este fin el gran maestro espiritual de la época escribe su *Introducción a la vida devota*. Tras la lectura de esta obra se verifica un cambio fundamental: las actividades del mundo ya no son por sí mismas *ocasión de pecado*, sino *deberes necesarios* en la vida de muchos cristianos. Consideradas en sí mismas, tales actividades no son buenas ni malas para conseguir la santidad: todo depende del espíritu de oración y del amor de Dios con que se realizan. De esta manera el santo obispo de Ginebra invita a la perfección cristiana a todo tipo de fieles.

Por esta misma dirección avanzan otros maestros posteriores, como san Alfonso María de Liguorio, en el siglo XVIII, y san Juan Bosco, en el XIX, quien puso a san

Francisco de Sales como patrón de su vida y la de todos sus seguidores, llamados precisamente *salesianos*. En estos dos santos se acentúa la conciencia de que el trabajo y las tareas del mundo pueden ser un gran camino para la evangelización de la sociedad y la santificación de los fieles laicos.

Estos tres grandes maestros practican y promueven una *espiritualidad para los laicos*, que puede seguir siendo útil para muchos cristianos de hoy. Sin embargo, aún falta un largo trecho para que en la Iglesia se configure una *espiritualidad verdaderamente laical*, es decir, un modo de buscar la santidad desde la valoración radicalmente positiva de las realidades y actividades terrenas: no una adaptación para los laicos de la vida contemplativa de los religiosos, sino un camino de santidad donde el mundo y las actividades terrenas sean en sí mismos una materia buena y propicia para alcanzar la santidad. Al menos tan buena y propicia como el apartamiento del mundo que ejercen las personas consagradas en el llamado «estado de perfección».

La santidad de los laicos en el siglo XX

El siglo XX, dentro de la historia de la Iglesia, puede considerarse como el *siglo de los laicos* (sin que eso conlleve un desprecio por el estado sacerdotal y por el religioso, como lamentablemente ha ocurrido tantas veces; cuando lo cierto es que estas distintas situaciones dentro de la Iglesia son igualmente necesarias y complementarias entre sí).